

EL COSTUMBRISMO EN LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEJICANA

Tras haber sopesado en nuestro artículo anterior (Cf. Cauce, número cero, páginas 49-53), tanto el contenido histórico como el de compromiso en la Novela de la Revolución Mejicana, nos proponemos en este momento enjuiciar su carácter costumbrista.

Desde el punto de vista de la corriente literaria en que la novela de la revolución está inmersa, puede afirmarse que es la del decimonónico realismo costumbrista, ya por entonces superado entre nosotros.

La novela realista mejicana comprende dos periodos: el primero, que arrancando del romanticismo, se extiende a lo largo de unos treinta años, está influido por la novelística europea, francesa y española especialmente. El segundo, al nacer con la revolución maderista de 1910 —de aliento popular— impone a la narrativa una orientación preferentemente mejicana y de hondo arraigo en la entraña del pueblo. Es, en consecuencia, una etapa de asimilación creadora de lo extraño, y no de simple importación (1).

La novela de la revolución, en cuanto realista, rinde tributo al costumbrismo literario, aspecto éste sobre el que versa nuestro artículo.

Y a pesar de la dificultad inherente a todo intento de definición del costumbrismo, sólo posible tras el estudio de los caracteres de sus manifestaciones concretas (2), conviene que precisemos la anterior afirmación, recordando la ya clásica doble acepción de «costumbrismo».

En un sentido amplio consiste en «la tendencia a reflejar en obras de arte —en este caso, literarias— las costumbres de la época y del ambiente que vive el artista que las crea» (3), o bien, en «cualquier manifestación literaria en la novela, en el drama, en la poesía, etc., en las que haya una representación o juicio de las costumbres colectivas de una sociedad o de su funcionamiento moral o físico» (4).

Conforme a un concepto restringido, se viene hablando de costumbrismo para referirse a un género que, aunque con precedentes, se inicia a principios del siglo XIX, y que consiste en «un tipo de literatura menor, de breve extensión, que prescinde del desarrollo de la acción, o esta (sic) muy rudimentaria, limitándose a

pintar un pequeño cuadro colorista, en el que se refleja con donaire y soltura el modo de vida de una época, una costumbre popular o un tipo genérico representativo» (5).

No cabe duda alguna que la novela de la revolución mejicana asume íntegramente la primera de las acepciones expuestas, pero que no es «costumbrista» si por tal se entiende el cuadro de costumbres a la manera de Mesonero o de Estébanez. Se trata, por tanto, de una novela que, como suele ocurrir en todas las que militan en las filas del realismo, incorpora a sus páginas una dosis —mayor o menor, según los casos— de elementos costumbristas, porque el realismo no excluye el costumbrismo, sino que se nutre y se complementa con él. Y es que, en definitiva, el costumbrista «es un realista que toma de la vida misma los elementos de su arte, sin que se le ocurra apelar a la fantasía y a la deformación como recurso», es un «minucioso» observador de las cosas que le rodean, todo ojos abiertos para el detalle curioso, el esbozo expresivo, la novedad sorprendente...» (6). Por eso el cuadro de costumbres, la literatura de «escenas» y de «tipos» supuso un importante paso previo a la aparición de la novela realista, porque acostumbró al lector a ver como materia artística la vida diaria (7).

Creemos, pues, que no resultará ocioso intentar una comparación entre el cuadro de costumbres y la novela de la revolución mejicana, con el fin de perfilar el diferente alcance que en uno y otro caso encierra el término «costumbrismo» (8).

— Las novelas de la revolución son obras más bien largas; no así el cuadro de costumbres, género de breve extensión y a base de artículos separados o estancos.

— El autor del cuadro de costumbres es —para definirlo de un modo general— un escritor de tipo medio, sin arrebatos creador, sin excesiva imaginación, insuficiencia que contrasta con agudas dotes de observador. Y además, como si en el género el autor no contase nada o muy poco, y la obra lo fuese todo y tuviese valor por sí misma, independientemente del autor, es frecuente que el escritor de costumbres firme sus trabajos con pseudónimos e incluso que los publique sin firma. Por el contrario, el novelista de la revolución mejicana hace alarde de imaginación, de fuerza, de violencia. Observa y crea a la vez, escribe e interviene en la lucha. Todas las novelas vienen firmadas por sus autores, que en bastantes casos son figuras de primera línea (Azuela, Guzmán, Muñoz...) y que incluso su influencia ha rebasado las fronteras mejicanas (Yáñez, Rulfo...).

— El cuadro de costumbres atiende, directa y casi exclusivamente, a la pintura de tipos o escenas populares, si bien en algunos casos, para dar más ligereza y amenidad a su obra, las enlaza y coordina por medio de algún artificio literario, a fin de lograr cierta coherencia novelesca. Tal planteamiento se invierte, precisamente, en los novelistas de revolución: pretenden trazar una imagen exacta de la conmoción político-social que estremeció a su país, propósito que a su vez no les permite prescindir de un costumbrismo vivo y palpitante, que no se revela tan-

to en fragmentos directamente expositivos, como en la presencia del pueblo mejicano con sus pasiones, reacciones e ideas, alcanzando, en consecuencia, una superior maestría en el arte de sugerir.

— El cuadro de costumbres se sirve de personajes genéricos: el cesante, la herbolaria, el evangelista..., mientras que las novelas de la revolución presentan siempre individuos concretos, en muchas ocasiones con sus nombres y apellidos, y frecuentemente históricos.

— El cuadro de costumbres jamás alude al paisaje; las novelas, por el contrario, no sólo lo describen, sino que incluso lo utilizan para el desarrollo de la acción que narran.

—El cuadro de costumbres persigue una intención moralizadora, que viene a ser una de las características más constantes. Mostrando los aspectos reprobables de la vida y los riesgos que determinadas actitudes comportan, aplica el «*ridendo corrigit mores*» de Horacio sin declamaciones desaforadas ni expresiones de patética indignación, pues el correctivo se halla implícito en pintorescas escenas de distraída y amena lectura. Con palabras de Mesonero Romanos, el cuadro de costumbres «no ha de considerarse únicamente como una mera diversión o pasatiempo, ni tan sólo como un cuadro histórico del progreso social del país que intentara describirse, sino también como una lección moral, más o menos severa, que lleva envuelto el noble objeto de mejorar la condición y las inclinaciones humanas» (9). Esta es la razón por la que se emplea la sátira como el arma más adecuada para su intención moralizadora. Por el contrario, los novelistas de la revolución —aunque en las obras de tesis defiendan alguna doctrina— no intentan directamente moralizar. Morton dice de Azuela que «no tiene tendencia hacia el didactismo; sólo se contenta con presentar su cuadro realista y verdadero, dejando en libertad al lector para conmoverse o sacar una moraleja». Y el mismo escritor norteamericano es el que afirma de Romero su calidad de «costumbrista, pero sin moraleja, aun cuando lleva cierto dejo de compasión, humanidad» (10).

Un análisis interno de la dimensión costumbrista de la Novela de la Revolución Mejicana nos muestra múltiples manifestaciones que —a riesgo de incurrir en excesiva generalización— podemos resumir agrupándolas en tres apartados: lenguaje, costumbres y tipos.

A) LENGUAJE: En las novelas de la revolución puede registrarse la lengua española, según se habla en Méjico entre las clases populares. Son innumerables las páginas en que de forma desbordante se utilizan vocablos y construcciones típicamente mejicanas. Lo pintoresco del lenguaje, ya sea urbano o rural —con preferencia este último—, aflora con las locuciones familiares más características. Las denominaciones regionales, los indigenismos incrustados por obra del sustrato en el habla corriente, los arcaísmos más rancios, los apodosos llenos de gracejo, los refranes y sentencias populares, las expresiones malsonantes más plebeyas, así como el desaforado abuso del diminutivo retratan la idiosincrasia mejicana, su forma de comportarse en los ambientes más variados.

Términos como «mano, güero, curro, escuintle, cristiano (= persona), pepear, (= dar un balazo), chango, vieja (= mujer), juanes o pelones (= federales), tronar (= matar), ningunear (= desconocer), chamaco, pelarse (= marcharse, morirse), hablada (= baladronada), madrugar (= adelantarse), briaga, fierros (= monedas)», etc., etc., etc. están salpicando continuamente las páginas de las novelas, así como multitud de fenómenos característicos de su sintaxis o semántica popular: «hacer las once, pelar los ojos, correr la sierra, que diz que, que es que, quiz que, quesque, mi'nomás, nos la mentaron, darle en la madre, crioque, dialtiro, rayar el caballo, jalar pa'arriba...

El apodo —fenómeno socio-lingüístico propio de ambientes rurales y de clases bajas— se registra cumplidamente en el Méjico que describen aquellas novelas de la revolución cuya acción transcurre en ambientes rústicos y entre gentes plebeyas. Pensemos en «Los de abajo», «Tropa vieja», «Frontera junto al mar», «El resplandor», «Esa sangre», «En la rosa de los vientos...» sin olvidar «Desbandada» y «Apuntes de un lugareño» que van dejando muestras numerosas de sobrenombres ingeniosos, llegándose a afirmar que «pocas son las personas que se escapan en el pueblo a un mote adecuado». («Apuntes de un lugareño, pág. 159).

Puede decirse que el mejicano ha heredado la costumbre castellana de hablar con refranes para reforzar la veracidad de las opiniones vertidas en la conversación: «somos los mexicanos muy aficionados a salpicar de refranes nuestras conversaciones...», afirma Darío Rubio (11). Efectivamente, refranes, sentencias o simples frases hechas suelen redondear la intervención de los personajes, reforzando sus afirmaciones. Aunque las más de las veces sean netamente castellanos y otras hayan sufrido una acomodación fácil de reconocer, con frecuencia aparecen lexías textuales surgidas del talante psicológico del hombre mejicano y de la sociedad en que se desenvuelve. De ahí que abunden los que se refieren a ambientes rurales, aludiendo unas veces a las artes campiranas, ilustrando otras, costumbres agrícolas.

«(Ser) una reata que no se revienta al primer jalón». (Vámonos con Pancho Villa, 751).

«Ese gallo quiere su maicito». (Campamento, 197).

«Con escopeta cargada hasta a un zopilote se le tira». (Campamento, 206).

«A ver si Querétaro sus camotes». (Frontera junto al mar, 542).

«Encontrarse solo con su culito en brazos». (Palomas, Torreón y Pancho Villa, 145).

«A ver si como rugen (roncan), muerden (duermen)». (Vámonos con Pancho Villa, 696; En la rosa de los vientos, 654).

Con el propósito de ser fieles a la realidad que describen, los novelistas recorren todos los ambientes y entablan conversación con toda clase de personas para así recoger la información oportuna, no sólo del tipo o de la escena, sino también

de la palabra, de la expresión incluso plebeya. Y en nombre del realismo literario transcriben —unos más fielmente que otros, de acuerdo con su pudor lingüístico— las que campean en los corrillos de compadres y amigos, evitándolas al salir de ellos, especialmente en el ámbito de la lengua escrita. Entre las frases malsonantes abundan aquellas en cuya composición entran las voces «jijo», «chingada» o sus correspondientes eufemismos..., sin olvidar las famosas «mentadas», que hacen enfiorecer a todo mejicano que se precie de tal.

«Pero ora que me cuenta esto, ya sé quiénes son esos jijos». (La revancha, 832).

«¡Apunten al enemigo, con una chingada! —gritaban las clases». (Tropa vieja, 429).

«Pie a tierra, jijos de la guayaba (dijo más feo, por supuesto)». (Palomas, Torreón y Pancho Villa, 145).

«¡A qué de mentadas me echó el viejo desgraciado! Se acordó de todita mi familia». (Si me han de matar mañana, 105).

A los hispanohablantes peninsulares nos llama poderosamente la atención el uso constante del diminutivo por parte de los naturales de Méjico, rasgo lingüístico coloquial que queda plasmado de modo reiterativo en la mayor parte de las novelas estudiadas. Los términos más frecuentes con sufijación diminutiva son los que indican parentesco, relación de dependencia o alimentos. Pero la afición del mejicano por el diminutivo es tal que incluso lo emplea en voces donde un español jamás lo intentaría, como por ejemplo en los adverbios «meramente» y «apenas»...

«Mató a todita la familia». (El llano en llamas, 171).

«Pos va a salir a puritito pulmón». (Si me han de matar mañana, 41).

«Quesque no era más un bultito asinita de chiquito». (El resplandor, 873).

«Fue meritamente la noche que hizo luna llena». (Al filo del agua, 294).

«Está convocada para las once y apenitas van a ser las nueve». (La sombra del caudillo, 460).

B) COSTUMBRES: La novela de la revolución mejicana constituye además un rico arsenal de usos, altamente significativos y reveladores del modo de vivir mejicano de entonces.

La dura vida campesina de las haciendas con su «tienda de raya» y sus semanales «tianguis» constituye la lenta y monótona forma de su existir, sólo interrumpida por las ocasionales celebraciones de acontecimientos familiares (bautizos, bodas y defunciones) y por las anuales «charrerías» o «charreadas» con sus carreras ecuestres y las distintas suertes del herradero, coleadero, jineteo, jarpeo... en donde los charros hacen ostentación tanto de su maestría como de su valentía y virilidad.

«La tienda de raya se veía llena de gente que, al sentirnos llegar, se puso a observar desde lejos». (Tropa vieja, 378).

«Donde había más contento era donde se estaba celebrando el «tianguistli». Había muchos vendedores de manta y de baratijas, pero eran muchos los que habían instalado sus puestos de aguardiente». (El indio, 95).

«Volvieron todos a requerir sus caballos para dirigirse a la justa que continuaba celebrándose en el corralón. Ahora venía lo mejor: la toreada, el jineteo y el coleadero. (...) principió el jaripeo». (La virgen de los cristeros, 143-144).

«Después salieron otros charros y con «crinolinas» vistosas derribaron al novillo para ponerle el pretal. Un mozo de mi tío le montó al toro, se le soltaron, aguantando los tres reparos de rigor: uno en el lomo, otro en el aire y otro en el suelo, con acompañamientos de silbidos y gritos ensordecedores». (Apuntes de un lugareño, 60).

«Mientras tanto Felipe seguía corriendo junto al toro y coleándolo más lejos, lo hacía caer pesadamente». (La virgen de los cristeros, 146).

A juzgar por las novelas, cosquillea en todo mejicano una atracción irresistible por las diversiones en las que la suerte es factor esencial. «¿Quién que sea mexicano puede asegurar que jamás ha puesto un peso a un albur?», llega a afirmar López Fuentes. (Mi general, 360). De ahí que los naipes tengan un lugar seguro en su bolsillo y echen mano de ellos hasta en los momentos y lugares más peligrosos. Y de ahí también que no haya fiesta en la que no se organicen peleas de gallos, con sus fuertes apuestas, aunque no se precise de festejos para organizar esta diversión, pues a tal extremo llega la afición que cualquier concurso de gentes es aprovechado para improvisarlas en los escenarios más inverosímiles.

«Estaban unos sesenta de los andrajosos combatientes de Contreras. Jugaban a la baraja y hablaban perezosamente. En la calle, al doblar la esquina (...) azotaba una incesante lluvia de balas». (México insurgente, 190).

«Tan pronto como el tren se puso en movimiento, abrieron los sacos, desempaando a dos grandes gallos (...).

—¡Pelea de gallos, señores! ¡Cinco pesos sobre este hermoso y valiente gallo; cinco pesos, señores!

Los hombres se levantaron de sus asientos y corrieron al centro del carro ruidosamente. A nadie parecía faltarle los cinco dólares necesarios». (México insurgente, 118).

Mariachis y gallos hacen acto de presencia con alguna reiteración para referirse a una clase de regocijo popular a base de música y canto con finalidades distintas, según las situaciones: dar serenata, cantar «las mañanitas», festejar algún acontecimiento, tocar la música de los «bailes de la tierra» o simplemente acompañar cantos populares.

«El mariachi estaba en su apogeo. Los violines subían la voz en una alegre disputa, contestando al retobo de las guitarras. Bordaban en el aire los cantadores un trezón atrevido, y por todas partes se oía el huaracheo del jarabe, como el repique de una fiesta nacional». (Apuntes de un lugareño, 92).

«Comenzaron a sacar «el gallo», o sea, recorrer las calles de la población, ya al filo de la noche, llevando músicos y cantadores. Es la costumbre de algunos pueblos para hacer una invitación general». (Mi general, 320).

Las canciones populares se encuentran presentes en todas las obras estudiadas, aunque casi siempre de forma indirecta (por medio de alusiones y referencias) o parcial (a base de breves fragmentos). A pesar de su indiscutible variedad temática, surgida de la misma realidad de la vida, los asuntos suelen girar en torno a dos ejes centrales, a veces entrelazados: la revolución y la mujer.

Las canciones populares revolucionarias, generalmente en forma de «corridos» (de métrica semejante a la de nuestros romances, de los que parecen proceder), suelen tener por tema alguno de los múltiples hechos de armas ocurridos durante la contienda, o están dedicados a exaltar o denigrar la figura de cualquiera de los caudillos que los protagonizaron. Recordemos, entre otros, los corridos de Pascual Orozco, Benjamín Argumedo, la cucaracha, las mañanitas de Pancho Villa..., aunque existen otros de carácter fundamentalmente amoroso —quizá los más famosos de la época— tales como la Adelita, la Valentina, etc.

Las canciones populares no revolucionarias nacen mayoritariamente en el seno de la tradición más antigua (española o precortesiana) y perviven independientemente de cualquier avatar de la historia. Su documentación en las novelas es abundantísima, tanto en lo tocante a las simples referencias como a la total o parcial reproducción de su letra. No obstante su presencia resulta desdibujada y pasa un tanto inadvertida, ocupando, por decirlo así, un segundo plano en relación con los corridos que creó o puso de moda el acontecer bélico de la revolución. No podía ser de otro modo, dado el asunto de las novelas opuesto al carácter amoroso de estas canciones, como ocurre en toda la lírica popular (12).

«Desde Pachuca a Ixmiquilpan,
Actopan y otras regiones,
hostilizan al gobierno
al frente de sus dragones...

¡Corrido de Marcial Cavazos, tlacuaches (...)! Se agregaron al canto dolorido muchas voces...». (El resplandor, 956).

«Una voz ronca comenzó a cantar en el tono extraño que acompañaba siempre a los corridos populares que nacen a millares en cada ocasión:

En mil novecientos diez
Aprendieron a Madero
En Palacio Nacional
El dieciocho de febrero...». (México insurgente, 34).

«Las voces de los soldados (...) cantaron su canción de guerra:
Si Adelita se fuera con otro
la seguiría por tierra y por mar...». (Frontera junto al mar, 574).

«El teniente coronel cantaba baladas amorosas con su voz cascada, acompañado por Rafael. Todo mexicano sabe centenares de ellas. No están escritas, pero a menudo son compuestas y conocidas al cantarse. Unas son muy bellas, algunas grotescas y otras tan satíricas como cualquier canción popular francesa». (México insurgente, 30).

«Cantaba a media voz, con acento timbrado y dulce, alguna canción popular de su abundante repertorio:

Y pa qué me dice cosas
si al cabo no me ha de cumplir
yo no soy como las otras
que donde quiera se dejan ir...
Usté no más anda jugando
y un día se va a quemar,
porque el que con lumbre juega,
muy pronto le va a pesar...». (La revancha, 837).

No de menor interés costumbrista es el teatro popular que citan, comentan o transcriben en parte, según los casos, los escritores de la revolución. Se trata de unas representaciones de sabor primitivo, sumamente sencillas, en torno a los dos grandes ciclos litúrgicos. Ello nos obliga a relacionarlas con el teatro medieval —del que parecen ser una pervivencia— transplantado desde España y utilizado por los misioneros como recurso eficaz para la evangelización de los indígenas.

En el ciclo de Navidad destacan las «posadas» y las «pastorelas». Las primeras —«curiosa mezcolanza de religión y diversión»— (13) se celebran al anochecer de los días que preceden al 25 de diciembre, con el fin de rememorar el peregrinar de José y María pidiendo alojamiento ante el inminente nacimiento de su hijo. Son un teatro incipiente, cuyo diálogo es cantado entre dos actores colectivos. A las «pastorales», que se representan a partir del día 25 de diciembre, les viene la denominación porque la mayoría de los personajes son pastores a quienes se anuncia el nacimiento de Cristo. Al tema central navideño se le han ido añadiendo motivos bíblicos, así como elementos profanos, ya pastoriles renacentistas, ya alusiones satíricas a la realidad actual de la vida.

Del ciclo de Pasión hemos documentado las «insignias»: escenificaciones de la vida dolorosa de Cristo en la vía pública durante la Semana Santa, y que son una especie de melodrama con la técnica primitiva de la pantomima (14).

«... desdén extensivo y ostensible para el ejercicio de Posadas y singularmente para la procesión con los Peregrinos. «Esto huele a profanidad» —dicen que ha dicho—. (Al filo del agua, 267)

«... cantaban:

«El pírame» de Belén
está que se cae de risa
de ver que el ángel Miguel
tiene el diablo de repisa.

Después salió el Padre Eterno con su bata morada, unas barbas de ixtle, huaracheando y decía:

—¿Dónde estás por «ay», Adán?, que ¿te salites pa juera?

—No, esque estoy encuerado y lo mismo está la güera.

El Padre Eterno se quedó un rato pensando, dio una vuelta por el escenario y dijo, dirigiéndose al público:

—¡Cómo se me hace que éstos ya hicieron una tarugada! (Palomas, Torreón y Pancho Villa, 163).

«Bato y Bartolo dialogan líricamente los versos de la pastorela:

—Levántate ya, Bartolo,
ven a conocer a Dios.

—Si quieren que lo conozca
levántenme entre los dos.

—Bartolo, por tu flojera
el diablo te va a llevar.

—Como me lleve cargado
ni cuidado me ha de dar.» (Desbandada, 161.)

«Entró cantando un grupo de pastores y pastoras de ovejas. Iban ataviados con sus trajes domingueros; ellas con sus mejores galas, sombreros de verano con flores; llevaban enormes cayados apostólicos de madera, de los que colgaban flores de papel y cordones de cencerros.» (México insurgente, 246).

«... el mitote de las «insignias», que atrae a tantos curiosos de fuera y al que nadie del pueblo falta, me choca esa costumbre de indios paganos (...) la chusma de rancheros a esta hora andaré dragoneando a caballo y a pie, vestidos de sayones, fariseos y soldados romanos; por ahí andaré Pilatos; cualquier pelado de Menalisco, de Huentitán o de La (sic) Huertas, como Simón Cirineo, como el Centurión, como Barrabás, Gestas, Dimas, Los Santos Varones..., ¡uff! y el pueblo embobado. Menos mal, o peor, por la profanación y revoltura, que Nuestro Señor y la Virgen son imágenes.» (Al filo del agua, 138).

En lo tocante al vestido el material costumbrista es riquísimo. Entre la vestimenta masculina sobresalen las múltiples variedades de sombrero (de soyate, jarano, de quesadilla, jipi, gacho...), las prendas de abrigo (sarape, poncho, jorongo, cobija, frazada, manga de hule...), las de adorno (paliacate, mascada...), las de montar (cotona, pantalonera, mitazas...), el calzado (huaraches...), etc., etc. Entre la femenina —menos citada que la del varón— están el rebozo con su repacejo, el chomite y las chillonas «naguas». Como de trajes nacionales se habla del de charro y del de china poblana.

No debemos orillar las costumbres gastronómicas, aunque nos limitemos —una vez más— a nombrar los alimentos más característicos. Pinole, pozole y atole, chile y enchilada, tortilla, gorda y taco, frijoles, mole, guajolote y carnitas..., así como tlachique, pulque, mezcal, tequila, bacanora, colonche, rompopo... son las comidas y bebidas, respectivamente, más típicos en el Méjico de las novelas.

El consumo de la «yerba» (= marihuana) aparece generalizado, ya entre la soldadesca, ya entre los presidiarios. Son verdaderamente jocosas las descripciones tanto de las artimañas de que se valen los presos, soldados y soldaderas para pasar la droga, y los registros a que se les somete, como de las fantásticas evasiones de los consumidores.

«... pero con todo siempre entraba contrabando, pues las mujeres y los «juanes» se daban siempre maña para meter (...) la yerba; (...) entre los corpiños, en las enaguas o entre los pañales de las criaturas de pecho; en otras ocasiones (...) entre las tortillas o entre el pan iba la yerba» (...) los de la banda metían la yerba entre los pabellones de las cornetas o debajo de los parches de las cajas, cuando volvían de la escoleta; que muchos soldados llevaban marihuana en el forro del chacó, en el elevador del máuser o en la cartuchera.» (Tropa vieja, 405).

«Ya tenía instrucciones del sargento de esculcarlas bien, para que no fueran a meter marihuana entre las ropas (...).

—A mí no me registra nadie de balde.

—Entonces no entras.

—¿Por qué?; ¡ah, Dios!, ¡vaya! No es la primera vez que vengo a hacer mi «lucha».

—Si no te dejas registrar, no hay paso.

—¡Me lleva la chingada! ¿De cuándo acá tanto aspaviento?

—Primero tengo que registrarte allí adentro.

—Y pa' qué tanto misterio. Mire, no llevo nada.

Se levantó las enaguas allí mismo y nos enseñó a todos los presentes cuanto tenía.

—¡Pasa, pasa!» (Tropa vieja, 471-472).

Las riñas callejeras entre «pelados» han llegado a constituir un tópico justificado en el costumbrismo mejicano, pues no sólo los folkloristas se refieren a ellas, sino que los mismos novelistas de la revolución las incorporan para ambientar convenientemente sus obras (15).

«... los dos únicos combatientes que quedaban en pie. Uno gordo y chaparro, parando muy diestramente los golpes en la frazada bien liada en su mano zurda; el otro alto, fornido, haciendo escudo con su sombrero de palma, hecho garras a machetazos.» (San Gabriel de Valdivias, 802).

«Salieron a relucir las navajas y la gente brotó de la taberna para presenciar la pelea.

—¡Mátalo! —gritaron delirantes los hombres.

—¡Mátalo! —corearon otros entre blasfemias.

La gente se arremolinaba, frenética y nerviosa, alrededor de los que se buscaban.» (La Escondida, 1.084).

El tren es casi un protagonista en muchas novelas revolucionarias. No es infrecuente que los escritores enfoquen la cámara fotográfica de su observación hacia las estaciones y describan el panorama humano que se agrupa a su alrededor: viajeros, vendedores, maleteros, borrachos, «ferrocarrileros», ciegos juglares, el pánico colectivo de los que huyen... van apareciendo sucesivamente en la extensa pantalla de las novelas. En otras ocasiones enfocan al tren mismo y contemplan la actitud y comportamiento de los pasajeros: las luchas por conseguir un asiento, las posturas, las conversaciones y pasatiempos, los enseres que llevan consigo, sus modos incivilizados, la forma de hacerse el amor y hasta de concertar un matrimonio. Pero más típicos de revolución mejicana son el asalto y sabotaje de los trenes, así como el lanzamiento contra el enemigo de las «máquinas locas», llenas hasta los topes de dinamita.

«Junto a mi asiento iba parada una vieja no tan «pior», que yo no había visto antes. Iba recargada «deatiro» junto a mí y en cada golpe del tren se me acomodaba más; acabó por sentarse en mis rodillas.

—¡Vaya!, así estará más cómoda; como si fuera en asiento de primera, con cojín de pana, blandito y todo.

—¿A poco se cré'asté muy blandito? Puros huesos y nervios.

—Pero forraditos con carne sabrosa.

—¡A poco!...

—¡Pos luego! Ya tendrá ocasión de probarla.

—A mí no me gusta probar. O me dan todo o nada.

—¡Ah!, pues todo; para qué batallamos (...)

Matrimonio arreglado a lo puro militar.» (Tropa vieja, 414-5).

«De repente, el muerto paisaje se animó con rebullir lejano de jinetes, de tiradores alagartados (...) Petardos estallaron bajo la locomotora, granizaron las balas sobre la escolta. En el vagón de primera, balas perdidas penetraban con estrépito de vidrios rotos. Todo el pasaje se echó al suelo en un erguimiento general de traseros, como si los estallidos tocasen a practicar la oración mahometana.

Fueron cayendo maquinistas, fogoneros, escolta (...).

A la entrada del vagón un bandido sembró el terror disparando al interior su pistola. La bala fue al techo... ¡Viva Villa!» (México manicomio, 221).

«... los ferrocarriles se reducían a máquinas tan muertas como su locomotora, sin combustible. El escaso en disponibilidad servía para mover máquinas locas, lanzadas al azar sobre enemigos impalpables.» (México manicomio, 185).

No menor interés ofrecen el «avance», el «préstamo forzoso» y la «mordida», producto típico de aquella movida época, verdaderas instituciones de la vida revolucionaria que han dejado huella perenne en el habla coloquial: «no es pelar, es avanzar», «pagaremos al triunfo», «México es el país del «taco» y de la «mordida» (16).

«Se presentó la Pintada dando fuertes voces de júbilo. Chasqueando la lengua, pretendía meter al comedor una bellísima yegua de negro azabache.

—¡Mi «avance»!, ¡mi «avance»! —clamaba palmoreando el cuello enarcado del soberbio animal (...).

Los soldados, embohecidos, contemplaban con mal reprimida envidia la rica presa.

—¡Yo no sé qué se carga esta diabla de Pintada que siempre nos gana los mejores «avances»!... (Los de abajo, 88).

«En esto de repartir los «avances», como ellos los llamaban, tenía que intervenir a veces el cabecilla por las disputas y riñas que se suscitaban. Nadie quedaba conforme con su parte y siempre codiciaban más.» (La revancha, 825).

«Lo enterraron junto a muchas de sus víctimas (...) por no haberle juntado en dos horas más que cuatro mil pesos, de los cinco mil exigidos en préstamo forzoso.» (Al filo del agua, 134).

«En los días siguientes Felipe se dedicó a exigir préstamos forzosos a los ricos de la población...» (La Escondida, 1.074).

«Hirió y mató a algunos (...) Peló (= robó) a todos.
—No es pelar; es avanzar...» (México manicomio, 172).

«Nuestros jefes cuando echaban un préstamo forzoso, siempre daban una razón:

—Pagaremos al triunfo, decían.» (Fui soldado de levita, 160).

«Como ella tiene, aquí cerca, un pariente militar, de esos que aceptan «mordida», está comprometida conmigo.» (Cristo Rey, 66).

«Veía contar y recontar el dinero y con respiración anhelosa le juró que se saldría con la suya, recuperarían sus propiedades, así tuviera que dar mordida a todos esos bandidos del gobierno.» (Esa sangre, 165).

No podemos dejar a un lado a las clásicas «porras»: conjunto de individuos pagados o incondicionales partidarios que dirigen a la desorientada masa y que incluso actúan de fuerza de choque en las manifestaciones multitudinarias y en sus mítines.

«Nos dimos de frente con una contramanifestación. Salieron los garrotes. Hubo gritos, pedradas, y hasta balazos. Un individuo, trepado en un coche (...) insultaba a todo pulmón a nuestro candidato. Decía de los intrusos, de las «porras» y de los politicastros ambiciosos.» (Mi general, 362).

«Aparte de los curiosos auténticos, que no eran pocos, estaban allí los contingentes de las dos porras enemigas, la aguirrista y la hilarista, dueñas de ambas calles y en espera de...» (La sombra del caudillo, 499).

No estaría completo el panorama costumbrista que ofrecen las novelas, si no hiciésemos mención de las creencias ultraterrenas. El sentimiento religioso del pueblo mejicano, de tal forma rezuma por todos sus poros que nos atrevemos a afirmar que ninguna novela escapa de referir creencias preternaturales de un signo u otro (cristianas, precortesianas, supersticiones animistas, brujerías...) (17).

«Primero, Dios, y luego, mis difuntitos, y luego... —añadiría el indio, mirando de reojo, a los hechiceros— la voluntad de Lugarda y de Nieves «el Colorado». (El resplandor, 882).

La mescolanza de creencias que ofrece el texto anterior, no es sino un reflejo de la realidad. Creencias cristianas genuinas o de peculiar arraigo en el país (tales como la devoción a la Virgen de Guadalupe, a la de Talpa, al Niño de Atocha, al Señor de Carácuaro, así como la costumbre de montar «incendios»), supersticiones (como el aullido del perro, el mal de ojo, el mal aire, el totemismo...), brujerías de gran similitud con las del medievo, el culto a los muertos con todo lo que lleva anejo (apariciones de almas en pena, vgr., de la Llorona, de espantos...) se solapan continuamente sin ningún esfuerzo.

C) TIPOS: Sin ludar a dudas, el apartado más directamente abordado por los novelistas lo constituye la presentación de tipos populares. En efecto, los distintos autores van plasmando en sus obras, consciente e insistentemente, así la fisiología como la psicología —con todo lo que ambos términos encierran— de los tipos humanos más representativos de los distintos estamentos y clases sociales del país. Lo anteriormente indicado del lenguaje y de las costumbres, aunque constituyan una realidad autónoma, está orientado directa o indirectamente a proporcionar más datos para una completa y exhaustiva descripción del tipo humano.

Aunque no se excluye al «ciudadano» o habitante de poblaciones grandes —recuérdese al «catrín»—, es indudable que se presta mayor atención a los medios rurales —el indio, campesino, hacendado, charro...— La provincia, por tanto, goza de mayor consideración que México-capital, contrariamente de lo que sucede en tantos cuadros de costumbres españolas que centran su interés fundamentalmente en tipos del pueblo madrileño (18).

«Esta escuelanta se parece mucho a las catrinas que venían de la capital con las parientas del amo.» (La virgen de los cristeros, 27).

«Hasta este momento ninguno de los elegantes, los curritos, como él les decía, habían dicho media palabra.» (Cartucho, 768).

«Al charro, distintivo del nacionalismo, hay que buscarlo en la provincia, en el rancho, en el campo. Ese es el charro típico, el que con su caballo hace un jornal. No el que sale a lucirse, sino el que ensilla muy temprano y por necesidad. El que a todo correr recoge de los pastales la vaca parida, para llevarla al rejo; el que paso a paso sigue las reses sacadas de los potreros...» (Mi general, 339-340).

«Era una muchacha india de piel muy oscura, como de veintiséis años de edad, con el cuerpo rechoncho de su raza explotada; facciones agradables; el pelo cayendo adelante, sobre sus hombros, en dos largas trenzas y grandes dientes que brillaban con su sonrisa.» (México insurgente, 84-85).

En cuanto al estamento social con mayor entidad en las novelas, no es la «burguesía, sin horizontes, amante (...) del orden y del brasero» (19), sino, por el contrario, el «peladaje», con sus variedades de «pelados», que constituye la inconforme clase baja, síntoma de que el pueblo comienza a significar políticamente. Por tanto, la ausencia del sector industrial, financiero y, en menor medida, del político, es significativa. Tan sólo la figura del cacique está tratada con profundidad y extensión, tanto en su versión económica como política.

«Se puso a estudiar con todas sus fuerzas para aprender a leer y a escribir. Villa no tenía ni la más mínima base para hacerlo. Hablaba un lenguaje ordinario, el de la gente más pobre, el del llamado «pelado». (México insurgente, 97).

«Los pelados perseguían a las criadas por entre los praditos del jardín, y aquella a quien alcanzaban y le rompían un cascarón en la cabeza, tambaleándose como beoda (...) que así de suaves suelen tener las manos los rancheros para sus inocentes caricias.» (Mi caballo, mi perro y mi rifle, 138).

«Era un pelado grandote, moreno, de gran sombrero de palma, calzonudo y (...) no paraba de gritar maldiciones.» (Fui soldado de levita..., 150).

«Las espaldas del pueblo están desgarradas por el látigo de caciques brutales que se llaman jefes políticos. Los pueblos están exasperados, bajo el imperio de estos tres caciquismos: el del monopolio, el jurídico y el administrativo...» (Al filo del agua, 197).

«Ahora como si ni me conociera... ¡Yo del pueblo, ellos caciques!... pero ya se les caerá el rey de las orejas...» (Los caciques, 119).

Pero los tipos que con mayor vigor y personalidad aparecen son —como era de esperar— los que de un modo u otro intervienen en la contienda. Por un lado, los defensores del gobierno: el soldado «federal» —comúnmente apodado «juan», «pelón» o «mocho»— y el rural; por otro, el revolucionario o «maderista», que, según la facción en que milita, será llamado carrancista o «carranclán», villista y «zapata-tista» o «calzonudo», cada uno con características peculiares que lo diferencian de los otros. Ya instalada en el poder la revolución, surgen dos nuevos tipos antagonicos: cristeros y agraristas, que darán juego a los novelistas rezagados.

«Se nos han puesto difíciles los juanes (...) Nos ha costado como treinta hombres el asalto de esta noche y no hemos ganado terreno.» (Se llevaron el cañón para Bachimba, 812).

«... soldados de línea —llamados pelones a causa de la práctica de raparles la cabeza— dirigidos por oficiales...» (Se llevaron el cañón para Bachimba, 805).

«—¡Ah, es federal!... —interrumpieron muchos, mirándolo con pasmo.

—¡Ah, es mocho! —dijo Anastasio Montañés.» (Los de abajo, 60).

«Yo soy revolucionario, Ciriaco, pero de los de buena cepa. Cuando la bola llegó a mi pueblo yo casi era una persona decente: ayudante de la oficial de primera clase, cesado por maderista a raíz del cuartelazo.» (San Gabriel de Valdivias, 784).

«Los soldados villistas, venidos de las sierras de Chihuahua y de las llanuras del Norte del país, no podían soportar aquella temperatura de asfixia y quema.» (La revancha, 857).

«Nos espantamos de oír decir no más «ahí vienen los carranclanes.» (...) ¿Sabe usted, señor doctor, cómo correspondieron los carrancistas a la manifestación de simpatía...?» (Las moscas, 165).

«Unos cuantos tiros y salieron huyendo los zapatistas que estaban en el convento. Allí conocimos a los calzonudos.» (Fui soldado de levita..., 146).

«—La gente no quiere al Gobierno por la sinvergüenzada de los agraristas, pero tampoco quiere comprometerse... Allá se las averigüen como puedan con tal que acaben con esa nigua de los agraristas.» (La virgen de los cristeros, 22).

«—¡Es un cristero, hijo!

Empinado sobre un zarzal, el rifle entre las piernas, muchas medallas y escapularios en el pecho...» (San Gabriel de Valdivias..., 845).

La xenofobia, tan notable en los artículos de costumbres de muchos de nuestros escritores del XIX (20), es también claramente perceptible en buen número de los novelistas mejicanos estudiados, canalizándose contra los sectores metecos que ejercen en el país un control económico: los «gachupines» (= españoles), los «gringos» (= yanquis) y los «chales» (= orientales), tres arquetipos sobradamente descritos desde varios puntos de vista, especialmente los dos primeros.

«El odio de raza (...) mantenían el rencor. Sin motivo, y por el solo grito de «greasers» o de «gringo», solían producirse choques sangrientos.» (Ulises criollo, 556).

«—Mira, Espiridión; no seas bozalón. Tú ya sabes que a ti y a tu compadre los traen los españoles entre ojos (...)

—Dígale, don Amado, a su patrón que vaya y vuelva a la tarde.

¡Ajajay! ¡Villa México, gachupines, hijos de la chingada!» (Tropa vieja, 372).

«Vienen chales, refugiados y judíos; pintan las calles como campochas y nosotros, los nativos, no más nos quedamos **milando**.» (Esa sangre, 154).

La mujer, presente en los más variados aspectos de la vida humana, queda relegada en la novelística de la revolución, por su tema mismo, a un segundo plano. «Soldadera» y «pizcapocha» son prácticamente los únicos tipos femeninos, puesto que, si bien es cierto que también aparecen otros varios más, lo hacen con escaso relieve por apenas diferenciarse del correspondiente masculino.

«... el espectáculo de las soldaderas que, cargando el sombrero y la cobija de «su hombre», seguían infatigables a los soldados por todas partes...» (La revancha, 853).

«Sesenta soldaderas, bravas mujeres que eran para los federales esposas, proveedoras de alimentos, cocineras, ayuda a toda hora, compartían la inquietud de los hombres...» (Si me han de matar mañana..., 135).

«Creo que se estaba volviendo esto una bola de maricones y cuarenta y unos y pensaron con acierto que el Ejército siempre es el Ejército, esté como esté, y que era mejor que tuvieran entrada libre las pizcapochas (...)

... los tenientes, muchachitos perfumados, siempre han sido mantenidos de las pizcas de los burdeles buenos.» (Tropa vieja, 470).

La triple carga costumbrista —lenguaje, costumbres y tipos— que, como llevamos observando, impregna las novelas de la revolución mejicana, no supone una deformación dulcificadora de la realidad, antes al contrario, comporta una actitud crítica para con los aspectos negativos de la misma. Y es que el afán por constatar usos y costumbres de la vida diaria no «venda los ojos (del autor) para encubrir y disimular los defectos de lo que contempla, sino que los destaca con mayor intensidad y dureza (21).

Hemos observado cómo por sus páginas desfilan, lenta pero incansablemente, los distintos estamentos sociales del país de principios de siglo, del México revolucionario —unas veces levantado en armas, otras pacificado— con sus tipos más significativos, con su lenguaje, así como con el desarrollo de la vida diaria, en sus detalles más variados.

Pero al posible interrogante sobre si estamos ante una novela de carácter folklórico, nuestra respuesta sería rotundamente negativa, pues la actitud de sus autores no es la de folkloristas, sino la de verdaderos artistas literarios. Y para el lector que lo quiera comprobar —¡vale la pena decidirse!— ahí están Azuela, Romero, Guzmán, Muñoz, Yáñez, Rulfo..., entre otros, que lo atestiguan.

ALBERTO MILLÁN CHIVITE

N O T A S

1. ARIAS-CAMPOAMOR, J. Fernández: **Novelistas de México**, I.C.H., Madrid, 1952, pág. 101.
2. MONTESINOS, José F.: **Costumbrismo y novela**, Castalia, Madrid, 1965, págs. 11-12.
3. Diccionario de Literatura Española. Revista de Occidente, Madrid, 1972, págs. 215-217.
4. UCELAY DA CAL, Margarita: **Los españoles pintados por sí mismos. (1843-1844). Estudio de un género costumbrista**. F.C.E., México, 1951, pág. 13.
5. CORREA CALDERÓN, E.: **Costumbristas españoles**, I, Aguilar, Madrid, 1964, pág. XI.
6. CORREA CALDERÓN, E.: **Ob. cit.**, I, pág. LXXVII.
7. UCELAY DA CAL, M.: **Ob. cit.**, págs. 163 y ss.
8. Nos sirve de guía en esta relación comparativa la caracterización que del cuadro de costumbres establece Correa Calderón, E.: **Ob. cit.**, I, págs. XI - XXXVII y LXXXIV - LXXXV.
9. MESONERO ROMANOS: **Panorama matritense**, edic. 1835, pág. X.
10. RAND MORTON, F.: **Los novelistas de la revolución mexicana**, Cultura, México, 1949, págs. 31 y 79.
11. RUBIO, D.: **Refranes proverbios y dichos y dicharachos mexicanos**, I, A.P. Márquez, México, 1940, pág. VIII.
12. CAMPOS, Rubén M.: **El folklore y la música mexicana**, La Nación, México, 1928, págs. 375 y ss.
MAGIS, Carlos H.: **La lírica popular contemporánea**, El Colegio de México, México, 1970, págs. 11 y 12.
FRENK ALATORRE, M.: **Coplas de amor del folklore mexicano**, El Colegio de México, México, 1970, págs. 11 y 12.
13. CALDERÓN DE LA BARCA, Marquesa de: **La vida en México**, Libro México, México, 1956, II, pág. 45.
14. CALDERÓN DE LA BARCA, Marquesa de: **Ob. cit.**, II, págs. 140, 151, 156.
YÁÑEZ, Agustín: **Al filo del agua**, Casa de las Américas, La Habana, 1966, págs. 122 y ss.
15. SÁNCHEZ SOMOANO, José: **Modismos, locuciones y términos mexicanos**, Impr. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1892.
CALDERÓN DE LA BARCA, Marquesa de: **Ob. cit.**, I, págs. 184 y 407; II, pág. 183.
16. MILIANI, Domingo: **La realidad mexicana en su novela de hoy**, Monte Avila, Caracas, págs. 11 y 32.
SANTAMARÍA, Francisco: **Diccionario de mexicanismo**, Porrúa, Méjico, 1958.
VELASCO VALDES, Miguel: **Vocabulario popular mexicano**, Olimpo, México.
17. HANKE, Lewis: «México avanza esforzadamente», en Revista Nacional de Cultura, mayo-agosto, 1960, núms. 140-141, págs. 43-44.
18. UCELAY DA CAL, M.: **Ob. cit.**, págs. 153 y ss.
19. UCELAY DA CAL, M.: **Ob. cit.**, pág. 141.
20. CORREA CALDERÓN, E.: **Ob. cit.**, I, XCI.

ADVERTENCIA: Las citas de los textos de las novelas que aparecen en este artículo, están tomadas de «La novela de la Revolución mexicana», Aguilar, México, 1965 (Vol. I), 1966 (Vol. II).

La ficha bibliográfica de las novelas no incluidas en la antedicha edición de Aguilar es la siguiente:

— ARELLANO, Luz: **Palomas, Torreón y Pancho Villa**, México, 1966.

— AZUELA, Mariano: **Esa sangre**, F.C.E., México, 1971.

San Gabriel de Valdivios, comunidad indígena, F.C.E., México, 1958. (En Obras Completas, I, 767-861).

- LÓPEZ FUENTES, Gregorio: **El indio**, Norton, New York, 1940.
- MUÑOZ, Rafael F.: **Si me han de matar mañana**, Botas, México, 1934.
- QUEVEDO ZUBIETA, Salvador: **México manicomio**, Espasa Calpe, Madrid, 1927.
- QUIROZ, Alberto: **Cristo Rey o la persecución**. Yucatanense, México-Yucatán-Mérida, 1952.
- REED, John: **México insurgente**, Barcelona, Ariel, 1969.
- ROBLES, Fernando: **La virgen de los cristeros**, Claridad, Buenos Aires, 1932.
- ROMERO, José Rubén: **Mi caballo, mi perro y mi rifle**, Porrúa, México, 1949.
- RULFO, Juan: **El llano en llamas**. Planeta, Barcelona, 1969. (En «Pedro Páramo y el llano en llamas», 139 - 264).
- URQUIZO, Francisco: **Fui soldado de levita de esos de caballería**, F.C.E., México, 1967.
- YÁÑEZ, Agustín: **Al filo del agua**, Casa de las Américas, La Habana, 1966.